Por
MANUEL
ALVAR
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CORAZÓN EN FORMA DE LIBRO

A veces los poetas cumplen su destino y se convierten en una conciencia colectiva. Entonces no valen los versos al uso, y su voz suena estridente y dolorida. Voz clamante en el desierto, que se transmite por sobrecogedores silencios. Pienso en *Hijos de la ira*. Son de un ayer que parece cercano y nacieron hace casi medio siglo. Pienso que otros cuarenta años atrás Unamuno escribía sus versos religiosos. Sin embargo, las *Poesías* de don Miguel no tienen el desolado gesto de la historia. Son los libros –con los *Versos y oraciones*, de León Felipe– que podríamos evocar al cerrar el libro de Manuel Alonso Alcalde. León Felipe nos queda como un grandioso gesto de desesperanza, porque nada esperaba. Ni en las tardes que hablábamos en su casa de México, ni en el homenaje del casino republicano. Había transitado su vía dolorosa sin creer en la esperanza, y se me queda –gestos, emociones– en la sorpresa de sus gritos a contratiempo. Unamuno, en muchos aspectos tan próximo a él, era otra cosa. Es fácil creer que –tan sabiendo todo lo que había que saber– no quisiera resolver los problemas que le hubieran dejado sin problema. Es fácil creerlo. Pero verdad también que, con su yo problemático, creímos en él y, también por él, creemos. Dámaso Alonso era un debatirse inseguro por culpa de la crueldad y la estupidez del hombre. Años de más negrura que los del milenario y de más desamor que los de las más perdidas edades. Pero acabó escribiendo algún poema, bellísimo, en que la Virgen venía en su consuelo. Dámaso Alonso, tan fogarada encendida para los mozos que entonces teníamos veinte años y que en él aprendimos magisterios cercanos. Don Miguel quedaba lejos en el tiempo; León Felipe, lejos en la geografía. (Quiso venir, lo tuvo cerca, pero se quedó a solas con su pena. Me lo contaba un día.)

Estos versos de Manuel Alonso Alcalde tienen el valor de escuchar cuando nadie quiere oír la voz en las plazas porque la voz clama en el desierto (Mt. 12, 18.-19; Jn. 1, 23) y en los vacíos arenales se pierde. Y, sin embargo, estos poemas, como son valientes, tienen la eficacia de la verdad sin tapujos, la sabiduría del dolor, la emoción del hombre a solas consigo mismo. Ya es bastante para que su lectura se recomiende, pero tiene el valor añadido de la belleza poética. Cualquiera que abra el libro encontrará mil comparaciones sorprendentes, pues la grandeza del tema rehúye la trivialidad; descubrirá un ritmo que nace del dominio de la palabra o sentirá la elaboración más trabada bajo el aparente (y deliberado) versolibrismo. Tendríamos que hablar del fondo y de la forma, o de la expresión y el contenido. Porque estos versículos que nos hacen pensar (en su estructura, en la disposición de sus términos) en *Hijos de la ira* consiguen una sorprendente cadencia al disponer los segmentos rítmicos en los versículos.

Porque, y seguimos con la forma, el poema se instaura en el mundo de la lingüística estructural y nos plantea el delicado problema de la expresión y el contenido, tal y como se viene desarrollando desde Humboldt, Steinthal o Von der Gabelentz hasta Saussure y Hjelmslev. Según es bien sabido, la poesía es un problema de expresión, y a ella tenemos que atender si queremos explicar el soneto «Si, por ejemplo, digo *chopo*, digo». Se ha dicho que la forma es «todo lo que en el signo lingüístico es directamente tangible, con exclusión de todo lo que en él es convencional»; tendremos que estudiar la forma y la sustancia de esa expresión, y los caminos de la poesía llegarán a los caminos trillados por los estructuralistas daneses: «Si digo trigo, sé que hablo de otros / trigales, pero no de vuestro trigo. / Así que con palabras no consigo / jamás llegar del todo hasta vosotros.» Aislado por sus propios mensajes, la lengua del poeta es «lengua de soledad». Pero, pregunto, ¿la lengua o el espíritu al que esa lengua quiere comunicar? Porque este libro es un libro de soledades, como lo es mucho arte de nuestros días. Oigo estos versos de Manuel Alonso Alcalde y las cosas cobran su cabal sentido:

Se cruzan, nos cruzamos
por las aceras: hombres
grises, que pasan; hombre,
y trajes, y corbatas;
hombres que nunca vuelven
los ojos, que caminan
obstinados, como islas
de soledad y olvido.

Estos versos tienen la unción de llamar a las cosas por su nombre. Vivimos en un mundo farisaico (¿cuándo no lo ha sido?) en el que olvidamos la cálida presencia del prójimo. Una y otra vez lo dirán estos poemas, Cristo está ahí
en el hombre que
agoniza y en el obrero de ropa desgastada y en la melancolía del jubilado, y lo dejamos morir con aburrimiento y Él se deja sacrificar por nuestro propio hastío. Estamos tan acostumbrados a los callos de las manos y a los ojos tristes y a la muerte rutinaria, que olvidamos lo principal: cada prójimo es un Cristo que sufre en los dolores de los hombres y espera unas gotitas de bálsamo para las heridas. A cambio damos nuestras monedas a las pedanterías del oficio y a los desajustes morales, no conociéndole a Él en el gesto de partir el pan con sus manos.

Instaurado en su tiempo, Manuel Alonso Alcalde intenta saber los males que cada día denunciamos y para los que no hallamos remedio. Él ha encontrado la fórmula que devolverá al hombre la serenidad y la paz que ha perdido y lo salvará del negro fantasma de la soledad. Decir la fórmula es un acto de caridad hacia los demás; la fe y la esperanza están en su hombre interior. Si sólo fuera esto no nos asomaríamos al valor estético del libro, aunque se nos recomendara por otros. Pero no es ello lo que aquí cuenta, sino la capacidad de comunicar unas limpias emociones con palabra poética, que no es –y lo he comentado ya– el signo repetido hasta la trivialización. No. Son versos sabiamente elaborados, compuestos con rigor y austeridad, instaurados en un mundo de cultura, etcétera. Son estas condiciones las que hacen que éste sea un libro singular. Es posible que no todos acierten a entender la belleza de estos poemas; no me sorprenderá tampoco, pues «no seguirán a un extraño, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños».

Manuel Alonso Alcalde: *Mirando al otro allí*. Adonais, número 455. Ediciones Rialp, S. A. Madrid, 1988.